

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La política de la cultura y el universalismo frente a la globalización imperfecta

Autor: Levi, Arrigo

Forma sugerida de citar: Levi, A. (1998). La política de la cultura y el universalismo frente a la globalización imperfecta. *Cuadernos Americanos*, 3(69), 26-37.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 69, (mayo-junio de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La política de la cultura y el universalismo frente a la globalización imperfecta

Por *Arrigo LEVI*
Primer Vicepresidente,
Sociedad Europea de Cultura

ANTE TODO tengo que disculparme con ustedes por mi decisión de hablar castellano, un idioma de mi juventud que desdichadamente no tengo ocasión de hablar con frecuencia; pero tal vez mi castellano italianizado y un poco porteño resulte mejor que cualquier otro idioma para entendernos. Por lo menos lo espero.

Para los miembros de la SEC este encuentro es un verdadero desafío, además de ser una ocasión muy, muy agradable de encontrar a algunos viejos amigos y de trabar nuevas amistades. Un desafío a las ideas que representamos, ideas que nosotros resumimos con la fórmula de “política de la cultura”. ¿Son estas ideas todavía válidas —tenemos que preguntarnos— como instrumento cultural para comprender al mundo en que vivimos y, todavía más, al mundo en que nuestros hijos van a vivir? ¿Qué pueden decirnos la política de la cultura y su fe universalista que nos ayude a comprender y enfrentar los problemas de esta época, que yo llamo la del “globalismo imperfecto”? Éste es nuestro problema, y éstas son las preguntas a las que voy a tratar de dar hoy una respuesta.

El hecho de que nos planteemos estos interrogantes se explica muy fácilmente: la política de la cultura es una filosofía política que se formó en una época ya bastante lejana, hace más de medio siglo, cuando Europa acababa de salir de los holocaustos de la Segunda Guerra mundial, y cuando la gran alianza que había derrotado al nazismo ya se había quebrantado con el comienzo de lo que se llamó la guerra fría. Dos sistemas políticos muy diferentes uno del otro, aunque con raíces comunes, la democracia y el comunismo, se enfrentaban en el Viejo Continente y en el mundo, y el riesgo de una Tercera Guerra mundial era muy real. Además, esta Tercera Guerra mundial sería algo diferente de todas las guerras de la historia, sería una guerra nuclear, con la capacidad de destruir a la civilización y tal vez a la misma raza humana; sería

una guerra nuclear y una guerra mundial, en otras palabras, una guerra total y global como todavía el mundo no ha conocido.

Podríamos decir que lo que había ocurrido en la primera mitad del xx era una forma muy especial, y muy imperfecta, de globalización; se habían “globalizado”, ante todo, las guerras europeas, con sus raíces en los antiguos y nuevos conflictos entre los grandes Estados nacionales con sus ambiciones de poder económico y político, pero con raíz también en las ideologías “globales” que Europa había creado y difundido en todo el mundo. El sistema de valores, buenos y malos, de ideales y de mitos que Europa había creado —el ideal del Estado nacional, las ideas liberales, democráticas, socialistas y comunistas—, ese sistema se había difundido en todo el mundo, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo. Escribió recientemente Leopoldo Zea: “Se puso en marcha la más extraordinaria globalización que ha existido en la historia: la impuesta por una pequeña región del Viejo Mundo sobre la totalidad del planeta”.

El camino de la globalización, que había empezado hace más de cuatro siglos en este mismo lugar en que hoy nos encontramos, había llegado, a mitad del siglo xx, a una cita con la historia que podría decidir el porvenir de toda la raza humana. Acabábamos de salir de una tragedia inmensa y ya nos enfrentábamos con el riesgo de una tragedia mucho, pero mucho mayor. Y los instrumentos políticos con que la humanidad iba a encarar a este nuevo peligro eran los viejos instrumentos tradicionales de la política europea: los *Estados nacionales*, y el sistema de relaciones, de alianzas, de conflictos, de equilibrios entre los Estados y las grandes potencias que no habían impedido una sucesión de guerras, cada una más sangrienta que la anterior, pero ninguna comparable con lo que sería una nueva guerra nuclear. En ese sentido se podía hablar entonces, y se puede todavía seguir hablando hoy, de un “sistema mundial imperfecto” o de una “globalización imperfecta”. La interdependencia entre los Estados y los pueblos es hoy global, más que nunca en la historia, y cualquier conflicto local —como cualquier crisis económica o ecológica, o cualquier nueva amenaza epidémica local— acaba por producir efectos globales; el mundo es hoy “un sistema” como nunca lo fue antes en la historia de la humanidad. Pero no hay todavía un “gobierno sistémico” que pueda controlar ese único sistema mundial. En la era nuclear, los riesgos de esta nueva condición humana fueron, y son todavía, inmensos.

El punto de partida de la filosofía de Umberto Campagnolo, de lo que él llamó la “política de la cultura”, fue la conciencia del peligro mortal al que estaba expuesta la humanidad y la convicción, que él elaboró muy en detalle en sus obras, de que la “estructura jurídica pluralista de las naciones” —es decir, el sistema internacional fundado sobre la existencia de un número elevado de Estados soberanos— fuera destinado, por su misma naturaleza, a conducir a conflictos y guerras. Tampoco la invención del arma absoluta, el arma nuclear, podía cerrar la puerta a las guerras aunque los Estados se esforzaran en reducir y eliminar los armamentos de todo tipo, convencionales y nucleares, y en crear nuevas instituciones, incluida la Organización de las Naciones Unidas, que se presumían capaces de prevenir e impedir las guerras (hubo más de cien desde el año 1945 hasta hoy).

Los conflictos económicos, étnicos, nacionales, religiosos o ideológicos, decía Campagnolo, no eran el verdadero origen de las guerras, sino únicamente la expresión y el vehículo de la contradicción fundamental de un sistema basado sobre la existencia de una pluralidad de *Estados soberanos*, como escribió en la introducción al volumen de 1971 *La plus grande révolution*:

La causa específica de la guerra es el antagonismo que opone de manera esencial a los Estados unos contra otros... Cualquier tentativa de suprimir la guerra gracias a acuerdos entre los Estados (acuerdos de arbitraje obligatorio, de seguridad colectiva, tribunales y policía internacional, desarme, empeño de todos los Estados por solucionar sus conflictos sin el empleo de la fuerza y en el respeto recíproco de su independencia y soberanía) no puede ser más que una ilusión.

Este juicio tan drástico (acompañado por una gran variedad de argumentaciones históricas y filosóficas) sigue vigente también en la edad nuclear. Tampoco la amenaza nuclear podría cambiar la naturaleza de los Estados. Claro que Campagnolo no negaba la utilidad de las iniciativas políticas de los Estados para reducir los riesgos de conflicto. Pero estaba convencido de que la historia y la lógica nos enseñan que la “razón de Estado” no se dejaría nunca vincular en absoluto por cualquier contrato entre Estados y que, por lo tanto, el riesgo de la guerra no se podría nunca eliminar con iniciativas de los Estados (que él llegó a definir una vez como “seres no dotados de voluntad e inteligencia”), guiados fatalmente por su vocación soberana a entrar en conflicto con otros Estados

soberanos; ni se podría eliminarlo con la acción de instituciones internacionales, ellas también fundadas sobre la soberanía de los Estados miembros. En resumidas cuentas, ni los Estados, ni los acuerdos entre Estados, ni las instituciones internacionales creadas por ellos podrían nunca liberar a la humanidad de la “angustia nuclear”.

Convencido como estaba de la necesidad absoluta de la paz en la era nuclear y de la imposibilidad de obtenerla gracias a acuerdos entre los Estados, Campagnolo llegaba a la conclusión de que “le tocaría a los pueblos el cometido de hacer desaparecer la guerra, creando una red de relaciones capaces de construir la estructura de un orden jurídico extendido a todos los hombres”; a la cultura y a los hombres de cultura les correspondería la obligación de “dar expresión a la fuerza creadora de los hombres”, organizando un día una “tribuna de los pueblos” y un “congreso mundial de los pueblos”, capaces de “elaborar un proyecto de constitución de la comunidad universal de derecho” y de crear un “orden jurídico universal”, que volvería “caducas” las estructuras actuales y que substituiría a la estructura pluralista de los Estados por un “Estado universal”, capaz de eliminar por fin la guerra, dando origen a una paz que hiciera inimaginable e imposible la guerra misma. Campagnolo se negaba a creer que esa “idea revolucionaria” fuese una utopía, al contrario, juzgaba utópica la esperanza de salvar la paz y la humanidad con acuerdos entre los Estados; pero no ignoraba que la prueba de la validez de sus teorías podría llegar únicamente de los hechos mismos, de la historia futura.

Hablando de la nueva estructura jurídica no pluralista, de la sociedad mundial, que por fin obtendría el resultado de dar origen a una paz que no tuviera más por alternativa la guerra, Campagnolo empleó en sus obras expresiones diferentes. Habló en algunas ocasiones de un “Estado universal”, pero tengo la impresión de que le gustaría más la expresión “autoridad política mundial”; no le agradaba hablar de un “gobierno mundial”, tal vez porque esta expresión supone algo que es una creación de los Estados o una evolución de las Naciones Unidas, organización que Campagnolo criticaba como “atada a sus raíces intergubernativas”, lo que nunca le permitiría imponer a los Estados una paz universal. Quiero aclarar que nosotros, a una distancia de treinta o cuarenta años, y aunque reconocemos la utilidad de la intervención e “injerencia humanitaria” de las Naciones Unidas en muchas ocasiones de crisis, vemos tal vez más claramente que Campagnolo los límites institu-

soberanos; ni se podría eliminarlo con la acción de instituciones internacionales, ellas también fundadas sobre la soberanía de los Estados miembros. En resumidas cuentas, ni los Estados, ni los acuerdos entre Estados, ni las instituciones internacionales creadas por ellos podrían nunca liberar a la humanidad de la “angustia nuclear”.

Convencido como estaba de la necesidad absoluta de la paz en la era nuclear y de la imposibilidad de obtenerla gracias a acuerdos entre los Estados, Campagnolo llegaba a la conclusión de que “le tocaría a los pueblos el cometido de hacer desaparecer la guerra, creando una red de relaciones capaces de construir la estructura de un orden jurídico extendido a todos los hombres”; a la cultura y a los hombres de cultura les correspondería la obligación de “dar expresión a la fuerza creadora de los hombres”, organizando un día una “tribuna de los pueblos” y un “congreso mundial de los pueblos”, capaces de “elaborar un proyecto de constitución de la comunidad universal de derecho” y de crear un “orden jurídico universal”, que volvería “caducas” las estructuras actuales y que substituiría a la estructura pluralista de los Estados por un “Estado universal”, capaz de eliminar por fin la guerra, dando origen a una paz que hiciera inimaginable e imposible la guerra misma. Campagnolo se negaba a creer que esa “idea revolucionaria” fuese una utopía, al contrario, juzgaba utópica la esperanza de salvar la paz y la humanidad con acuerdos entre los Estados; pero no ignoraba que la prueba de la validez de sus teorías podría llegar únicamente de los hechos mismos, de la historia futura.

Hablando de la nueva estructura jurídica no pluralista, de la sociedad mundial, que por fin obtendría el resultado de dar origen a una paz que no tuviera más por alternativa la guerra, Campagnolo empleó en sus obras expresiones diferentes. Habló en algunas ocasiones de un “Estado universal”, pero tengo la impresión de que le gustaría más la expresión “autoridad política mundial”; no le agradaba hablar de un “gobierno mundial”, tal vez porque esta expresión supone algo que es una creación de los Estados o una evolución de las Naciones Unidas, organización que Campagnolo criticaba como “atada a sus raíces intergubernativas”, lo que nunca le permitiría imponer a los Estados una paz universal. Quiero aclarar que nosotros, a una distancia de treinta o cuarenta años, y aunque reconocemos la utilidad de la intervención e “injerencia humanitaria” de las Naciones Unidas en muchas ocasiones de crisis, vemos tal vez más claramente que Campagnolo los límites institu-

cionales de las Naciones Unidas, y todavía nos identificamos con la sustancia de su análisis.

Sobre todo, no podemos estar en desacuerdo con su convicción de que la sociedad internacional “pluralista” en la que vivimos, fundada sobre alianzas, acuerdos, conflictos y equilibrios de potencias, es incapaz, a pesar del desarrollo de muchas instituciones transnacionales, económicas y políticas, de cuya utilidad estamos convencidos, de eliminar *en absoluto y por siempre jamás* las guerras; no puede hacerlo a pesar de sus esfuerzos para alejar el peligro de la guerra. Éste es el resultado de la “globalización imperfecta” de nuestra era. Hoy, en vísperas del comienzo del nuevo siglo y del nuevo milenio, no podemos cultivar la ilusión de que no exista más, de que haya desaparecido para siempre el peligro de la guerra. Y aunque la probabilidad de una guerra nuclear fuera igual a 0.0000000001, siendo el nivel de destrucción que podría producir esta guerra igual a *infinito*, el riesgo permanece total y para la eternidad.

Es verdad que se han hecho muchos progresos para reducir el número de las armas nucleares y convencionales de las grandes potencias y los riesgos de conflictos entre ellas. Sobre todo el cuadro europeo es hoy mucho menos acosado por los peligros de lo que lo fue durante la guerra fría; los ejércitos se han alejado centenares de kilómetros, las relaciones institucionales entre las fuerzas armadas de la OTAN y las de Rusia se han incrementado de manera positiva. Pero en los años que ya han pasado desde la conclusión de la guerra fría ha habido muchas guerras en Europa y en el mundo: de la Guerra del Golfo a las guerras balcánicas, a los conflictos del Cáucaso, a las explosiones de terrorismo en el Medio Oriente —que queda todavía “entre la guerra y la paz”, y la guerra podría ser nuclear— y en el África del Norte. No, no podemos mirar con serenidad el cuadro político global que se está formando después de la guerra fría.

Tal vez haya desaparecido el gran conflicto ideológico de los últimos cuarenta o cincuenta años, pero lo que ha tomado su lugar es un equilibrio global cargado de incertidumbres; existen hoy más “grandes potencias” que antaño, como Campagnolo había previsto, y cada una de ellas, de la Unión Europea a Rusia, de los Estados Unidos a China, a Japón o a la India, a las naciones de América Latina, todavía sigue su propio destino, respondiendo a la llamada de su historia pasada y de su identidad profunda.

Existen además los posibles “conflictos de civilizaciones”, que ven en algunos casos como protagonistas las antiguas ideologías religiosas. Y aunque es verdad que todos reconocen, en principio, la “interdependencia” entre todas las naciones, y aunque todos admitan que la prosperidad de cada una depende de la prosperidad y no de la pobreza de las demás, hay todavía inevitables conflictos de intereses, de los que los Estados son protagonistas. Como diría Leopoldo Zea, al lado de la vieja “globalización imperial y vertical”, “se va perfilando una nueva forma de integración o globalización horizontal y solidaria, para el logro de algo común”; pero ésa también es una “globalización imperfecta” y que se va únicamente “perfilando”, quedando lo viejo al lado de lo nuevo, en un mundo en que todavía la esperanza de paz se funda sobre el “equilibrio del terror” y en que no existe lo que Campagnolo definía como “una paz que no tenga por alternativa la guerra”: no hay todavía alguna imposibilidad estructural de hacer guerras. Y mientras existan armas nucleares (y aunque fueran todas destruidas, no sé cuándo ni cómo, nunca podrán ser “desinventadas” y siempre podrán ser construidas nuevamente), no habrá nunca la seguridad de que una gran guerra (y posiblemente una pequeña) no alcance y sobrepase el umbral nuclear. De eso estaba convencido Umberto Campagnolo y es todavía razonable compartir su análisis. Vemos aún con claridad meridiana la espada de Damocles nuclear que queda suspendida sobre nuestras cabezas y sobre el porvenir de la humanidad. Pues bien, ¿qué hacer para asegurar a la humanidad un porvenir en que la paz no sea solamente un entreacto entre guerras sino “una paz que no tenga como alternativa la guerra”?

La respuesta de Campagnolo la conocemos, es la política de la cultura. Nos preguntamos: ¿es ésta una respuesta todavía válida y adecuada?

Les diré cuál es mi convicción personal. Estoy convencido de que la política de la cultura, como proyecto de una iniciativa de gran alcance que se dirija a los pueblos y que se desarrolle fuera de los circuitos de los Estados, es todavía y más que nunca válida y necesaria. Pero creo que no es suficiente por sí misma para ofrecer una solución a los problemas de la sociedad de la globalización. Aunque tengamos hoy una visión tal vez más amplia de lo que puede ser la política de la cultura, como política a la cual pueden asociarse y contribuir diferentes culturas y civilizaciones (la diversidad de enfoques es la manera de enriquecer de ese proyecto universal y universalista; Campagnolo ya había previsto todo esto

y se habría mostrado totalmente de acuerdo con la concepción de Zea de una “globalización horizontal” y no “vertical”, es decir, no dominada por el expansionismo o imperialismo cultural de Occidente; no olvidemos que la nuestra siempre fue una “Sociedad Europea de Cultura” y no una “Sociedad de Cultura Europea”), no creo que podamos cultivar la ilusión de que la política de la cultura por sí misma pueda ofrecer una respuesta completa a las necesidades del nuevo siglo, de la nueva era de la “globalización imperfecta”. La experiencia de los últimos cincuenta años tal vez pueda ayudarnos a integrar y completar nuestra búsqueda del camino que pueda conducir un día a la paz universal; eso, y no menos que eso, sigue siendo nuestro objetivo.

Reflexionando acerca de las experiencias de esta segunda mitad del siglo, yo pienso ser menos categóricamente pesimista de lo que era Umberto Campagnolo en su juicio sobre los Estados y posiblemente más pesimista de lo que él fuera en su juicio sobre los pueblos y los intelectuales. Me explico. No creo que los Estados, esos “monstruos fríos” de que hablaba De Gaulle, sean necesariamente y siempre “faltos de voluntad e inteligencia”. Pienso también ser más optimista de lo que fue Campagnolo en los años cincuenta y sesenta sobre el valor de las instituciones. Mi formación personal es más “monnetiana” y por eso creo en la posibilidad de que las instituciones sean más sabias que los hombres, que ellas puedan acumular sabiduría. Esta convicción está fundada sobre todo en mi lectura de la historia de las instituciones europeas como se han desarrollado en las últimas décadas.

Me parece que una de las mejores y más importantes herencias que nos ha dejado este “siglo horrible” que está por terminar es la construcción (aún incompleta) de un edificio europeo que ha creado, poco a poco, instituciones transnacionales, y hoy también en algunos aspectos sobrenacionales, que han puesto fin a una serie ininterrumpida de sangrientos conflictos, y que hacen hoy casi inimaginable una guerra entre los grandes Estados de Europa, después de muchos siglos de guerras. Podemos, hoy más que hace treinta o cuarenta años, soñar con los “Estados Unidos de Europa”, si no para nosotros, para nuestros hijos y nietos. Y hay que admitir que esta construcción ha sido realizada por los Estados nacionales, continuamente incitados por un poderoso movimiento de opinión pública (que tuvo a Umberto Campagnolo entre sus protagonistas en Italia en los primeros años después de la Segunda Guerra mundial). Las realizaciones del movimiento europeísta

—cuya influencia sobre la democratización de países como España, Portugal y Grecia, o como los Estados de la Europa del Este, ha sido inmensa— nos permiten tener más esperanzas en la acción de los Estados, cuando ellos sean Estados democráticos que deben responder a las demandas de una opinión pública educada y preparada por una “política de la cultura” iluminada y eficaz.

El hecho de que hoy el “derecho comunitario” tenga la precedencia sobre el derecho de los Estados, y que ese derecho comunitario haya nacido como resultado de tratados internacionales entre Estados soberanos que se han despojado libremente de parte de su soberanía, nos permite pensar que la soberanía de los Estados no es indivisible e inmutable. El ejemplo europeo, que muchos otros pueblos hoy desean imitar, ejemplo importante también para Latinoamérica, nos dice que una nueva “soberanía” sobrenacional puede nacer poco a poco. La “globalización” de hoy puede volverse gradualmente menos “imperfecta”: ésta es mi esperanza. La historia nos dice que hubo Estados (como los Estados Unidos o Suiza) que nacieron como resultado de pactos entre Estados que ya existían. Eso no significa que haya una seguridad absoluta del éxito final: en los Estados Unidos hubo una Guerra de Secesión mucho tiempo después del nacimiento de los Estados Unidos mismos. La secesión de algún Estado (y por lo tanto también una guerra futura, parecida a la Guerra de Secesión en los Estados Unidos del siglo pasado) no está todavía descartada de nuestra Unión Europea. Los resultados obtenidos no nos dan garantías absolutas del éxito final. Pero sí nos permiten tener esperanzas.

Por otro lado hay que admitir que Europa es todavía la excepción y no la regla. El sistema político global, aunque está hoy condicionado por la acción de muchas instituciones internacionales y transnacionales, políticas, económicas y militares, es fundamentalmente idéntico en su estructura a los sistemas políticos que han existido en los siglos pasados, estando como ellos fundado sobre una pluralidad de Estados soberanos. Esos sistemas no solamente han producido siempre, en toda la historia, guerras y conflictos, sino también siguen originando hoy muchas guerras y conflictos.

Tengo que decir también que si la historia de las últimas décadas nos permite ser tal vez menos pesimistas de lo que fue Campagnolo sobre los Estados, esa misma historia, como ya he anticipado, nos dice asimismo que hay probablemente que ser más pesimistas de lo que él fue sobre los hombres y los pueblos. Cuan-

do se acabó la guerra fría vimos despertarse en la conciencia de los pueblos muchos espectros que creíamos haber dejado para siempre a nuestras espaldas en la historia. Se acabó la guerra fría, pero no la historia: en lugar del “fin de la historia” de Fukuyama hemos asistido en muchos casos a la “vuelta de la historia” con todas sus contradicciones y conflictos y ha sido, en general, una experiencia muy desagradable. En una reunión ecuménica en Roma, hace un año, Jean Daniel nos recordaba, con razón, que “la paz no es un valor para todos los hombres, lo es únicamente para los hombres de buena voluntad”. Y si hay fuerzas importantes en el mundo que trabajan para la paz, hay también fuerzas muy grandes que sueñan con la guerra, que trabajan activamente para la guerra, que han provocado y que seguirán provocando conflictos y guerras en el mundo. Y por eso también la “angustia nuclear” no ha desaparecido de ninguna manera con la conclusión de la guerra fría.

Pero todo esto también significa que la política de la cultura es más necesaria que nunca. Campagnolo la juzgaba indispensable sobre todo como alternativa dialéctica a la política de los Estados. Tal vez nosotros nos damos cuenta de que hay otra dialéctica, que no es menos importante, entre la política de la cultura como política universalista de paz, y la política de la guerra, la política de los nacionalismos y fundamentalismos laicos y religiosos que sobreviven en todos los continentes. Y no podemos olvidar que hay todavía otra alternativa dialéctica, a la cual ya aludimos, entre una “globalización universalista” (u “horizontal”, como diría Zea) y una “globalización imperialista” o vertical, y que la política de la cultura tiene que tener un efecto también sobre esa dialéctica. El cuadro mundial es hoy desde muchos puntos de vista más complicado (aunque tal vez menos peligroso, pero eso no es seguro) de lo que fue en las décadas de la guerra fría, cuando el gran conflicto de potencia e ideológico entre el Occidente y el mundo comunista dominaba toda la escena mundial. Sin desconocer la validez del juicio de Campagnolo de que el sistema pluralista de los Estados sea por sí mismo un vehículo de conflictos y de guerras, yo diría que los Estados nos parecen hoy menos impenetrables de lo que fueron en los años de la guerra fría; pero la política de los pueblos nos parece más oscura y contradictoria. Me doy cuenta también (como, creo, el mismo Campagnolo), de que las élites intelectuales, que tendrían que ser protagonistas de una política de la cultura universalista, se han hecho en muchas ocasiones abogados de políticas nacionalistas, o imperialistas, o fundamentalistas, que pro-

vocan conflictos y amenazan conducir al sistema mundial en que vivimos, con su “globalización imperfecta”, hacia una catástrofe. Hoy como ayer el riesgo de la *trahison des clerics* es muy real.

En este cuadro se coloca la política de la cultura, que Umberto Campagnolo definía en 1966 como una “política no de los Estados, sino de los individuos y de los pueblos, no una política de potencia y de equilibrio entre fuerzas opuestas, sino de humanidad y de paz”. Puede ser útil recordar otras palabras de Campagnolo que parecen expresar todavía, a pesar de los años, nuestros temores y nuestras esperanzas más profundas. Voy a citar ante todo un pasaje del ensayo de 1959 sobre “Razón de Estado y razones del hombre”:

La política de la cultura empeñará a los pueblos a establecer entre ellos vínculos cada vez más fuertes, a crear y fortalecer las instituciones en las cuales la comunidad de intereses pueda prevalecer sobre las fronteras nacionales, y a luchar contra todo lo que se opone al desarrollo de la solidaridad universal.

Voy a seguir con dos pasajes de otro de sus ensayos más importantes: “Realidad del Estado universal”, del año 1961. En el primer pasaje Campagnolo afirma que “los esfuerzos de los gobiernos para mantener la paz en el mundo no deben ser considerados inútiles o negativos, desde el punto de vista de los objetivos de la política de la cultura, son más bien preciosos y hasta indispensables para un desarrollo normal de la crisis” (voy a recordarles que éstos eran los primeros años de una todavía difícil coexistencia pacífica entre Este y Oeste). El segundo pasaje ofrece tal vez la definición más importante de la relación constructiva que puede establecerse entre la política de la cultura y la política de los gobiernos. Escribía Campagnolo:

La Política de la Cultura favorece la política ordinaria en sus esfuerzos para la coexistencia pacífica y la cooperación de los pueblos. Ella hace votos para que se multipliquen los acuerdos entre los Estados para poner fin a la competición en los armamentos, para nuclear los experimentos nucleares y para fortificar las organizaciones internacionales. Todo este trabajo sirve para darle a la Política de la Cultura el tiempo necesario para llegar a la creación de las nuevas instituciones que harán desaparecer toda razón de guerras. La Política de la Cultura debe ante todo emplear todas sus energías en el reto de alejar la hora de la catástrofe, con la precisa

intención de eliminarla para siempre. La política ordinaria puede también alejar esa hora, en teoría sin límites de tiempo.

Como ustedes pueden observar, había en el pensamiento de Campagnolo una relación profunda entre la acción de la política de la cultura y la política de los Estados. Era tal vez menos definido, en su visión — así como lo es en la nuestra—, el camino que había que recorrer para concretar en un sistema de nuevas instituciones el ideal del Estado universal. Claro que eso no se haría ni con una revolución, ni como resultado de un acto de imperio de una “superpotencia mundial”. Toda la lógica de la política de la cultura va en dirección de una construcción que nazca de la voluntad de los pueblos, sin rehusar la ayuda ofrecida por la acción iluminada de los gobiernos y de las instituciones internacionales, aunque imperfectas, que ya existen. Si el objetivo, que definiría mesiánico, del Estado universal nunca debe ser olvidado, éste va a ser alcanzado siguiendo al mismo tiempo caminos diferentes que empeñen a todos los hombres y a todas las instituciones “de buena voluntad”.

Voy a terminar esta ponencia con dos observaciones más, disculpándome con ustedes por haber ya hablado demasiado. En primer lugar, la política de la cultura le pone como primera obligación a quien cree en sus ideales que practique estos ideales en su propio país: “Charity begins at home”. Israelíes o palestinos, bosnios o serbios o croatas, armenios y azeríes, chechenos o rusos, que quieran representar en el mundo la política de la cultura, deben, en primer lugar, combatir en su propio país las “fuerzas de la guerra” que se oponen a una visión solidaria de las relaciones entre las naciones, o entre las religiones, o entre los grupos étnicos. Tenemos que aprender a leer con ojos nuevos nuestra propia historia y nuestro pasado, sin ser esclavos de sus pasiones y odios. Éste fue el primer esfuerzo que se hizo en Europa (un esfuerzo que todavía continúa) para llegar a construir una nueva realidad institucional, que se ha llamado antes “comunidad” y ahora “unión” europea: hay que mirar lo que nos une, y no lo que nos separa.

Como última observación, quiero subrayar que se abren hoy nuevos caminos a la cooperación entre creyentes y laicos, y que éste es uno de “los retos fundamentales de este siglo que está terminando” (es una definición del profesor Andrea Riccardi de la Comunidad de San Egidio). El humanismo laico de la Sociedad Europea de Cultura y el ecumenismo religioso de nuestro tiempo tienen en común muchos ideales, como ya escribió Umberto

Campagnolo en un número de *Comprendre* de 1964, cuyo tema era “Religión y Cultura”. Respondiendo a la pregunta: “¿Pueden la cultura y la religión unir sus fuerzas para enfrentar los grandes problemas de nuestro tiempo?”, Campagnolo afirmaba que no solamente pueden sino también deben hacerlo, teniendo en común “la vocación de lo universal” y “el anhelo a un nuevo orden mundial y a una organización política y jurídica universal”. Campagnolo expresaba su fe en que las “barreras entre el espíritu religioso y el espíritu laico vayan por fin a caer”: me parece que también en esta ocasión él se mostró buen profeta.

Concluyo agradeciéndoles su atención. He querido invitarles a recordar, en esta discusión acerca de los problemas de la “globalización imperfecta” de nuestros días, en el doble enfoque europeo y latinoamericano, los ideales y principios que han inspirado y que siguen inspirando la acción de la Sociedad Europea de Cultura; una acción, tenemos que admitirlo, mucho más débil y mucho más limitada de lo que nosotros quisiéramos. Por eso mismo le quedamos realmente muy agradecidos por habernos ofrecido esta ocasión de llevar a este lado del Océano Atlántico —ese gran espacio que tiene que unir, y no dividir, a europeos y latinoamericanos— nuestro mensaje, permitiéndonos compararlo con las ideas y las visiones que ustedes nos han presentado durante estos días de encuentros y debates. Permítanme que acabe diciéndoles que de ellos vamos a salir muy enriquecidos, y de eso también les vamos a quedar intensamente agradecidos.